

# Homilías del Domingo 23 del Tiempo Ordinario

## + Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

*En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: «Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío.*

*Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran diciendo: 'Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar' ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz. Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.»*

## Palabra del Señor

## Homilías

(A)

Érase una vez una mujer que caminando por las montañas encontró una piedra preciosa en un riachuelo.

Al día siguiente se encontró con un viajero hambriento. Nuestra mujer abrió su bolsa para compartir la comida. El viajero que vio la piedra preciosa, lleno de avaricia, se la pidió y ella se la dio sin más. El viajero siguió su camino feliz, sabía que esa piedra preciosa tenía mucho valor y le iba a proporcionar mucho dinero. Unos pocos días después, el viajero volvió y le devolvió la piedra a la mujer. He estado pensando y vengo a devolverle su piedra y

espero me dé algo mucho mejor. Déme lo que usted lleva dentro y le da el poder de desprenderse, sin más, de esta piedra preciosa. ¿Verdad que esta historia viene a cuento con el evangelio de hoy? Sí, hay algo más precioso y más valioso que las joyas o las cadenas de oro que se pueden comprar en una joyería.

Lo más valioso está dentro de nosotros, en nuestro corazón:

- la libertad frente a las cosas y las personas,
- el desprendimiento de las riquezas,
- la mirada limpia,
- la sabiduría para discernir lo permanente de lo efímero,
- el Espíritu Santo que me ayuda a renunciar a todo para seguir a Jesús.

Déme lo que lleva dentro y le da el poder de desprenderse, sin más, de esta piedra preciosa.

Nos dice Lucas: "Caminaban con Jesús grandes multitudes y dirigiéndose a ellos, les dijo: No puede ser mi discípulo el que prefiere a su padre, a su madre... El que no cargue con su cruz. El que no renuncia a todos sus bienes.

En los evangelios y en la predicación hay un Jesús peligroso, un Jesús que nos escandaliza, un Jesús difícil de entender y hay también un Jesús dulce, manso y comprensivo.

Jesús es siempre peligroso. Escucharle y seguirle exige valentía y correr riesgos que el hombre corriente nunca alcanza a comprender.

¿Verdad que usted prefiere a un Jesús hecho de bizcocho que a un Jesús exigente y bravo?

¿Verdad que usted prefiere un Jesús alto, hermoso y amable a un Jesús ensangrentado y crucificado?

Hay cosas que ninguna persona puede imponer a otra.

Nadie le va a imponer o decir: renuncia a tus bienes; le dirá enriquezcase, robe si es necesario, pero hágase rico.

Nadie le va a decir: cargue con su cruz; le dirá más bien, disfrute, goce, beba...

Nadie le dirá: deje a su padre y a su madre...

Sólo Jesús nos lo dice. Sólo Jesús tiene autoridad para exigirlo a los suyos. Sólo Jesús tiene poder para vincularnos a su persona.

Sólo Jesús puede ser el todo de un cristiano.

Sólo Jesús dejó a los suyos para predicar el Reino de Dios.

Sólo Jesús cargó con la cruz y murió en la cruz.  
Sólo Jesús renunció a todo para hacer la voluntad del Padre.  
Sólo Jesús es modelo para nosotros.  
Y hoy le escuchamos y nos dice: "No puede ser discípulo mío si...  
no vive desprendidamente, no es libre interiormente, no  
experimenta la liberación de los afectos humanos y de las  
posesiones humanas, no permite que todo lo suyo sea vivificado  
por el amor absoluto de Dios.  
Tal vez no tenga que renunciar a nada.  
Pero como la señora del cuento tiene que estar interiormente tan  
desprendido que puede darlo todo cuando el Señor Jesús se lo pida.  
Jesús es peligroso y se lo puede pedir en cualquier momento.  
Jesús también nos ha contado hoy dos cuentos.  
Érase una vez un hombre que quería construir una casa en su  
campo y comienza a calcular los gastos...  
Jesús nos invita a reflexionar, a calcular los gastos, a aceptar el  
riesgo, a mantenernos firmes.  
Seguir a Jesús no es cuestión de un entusiasmo pasajero, de una  
súbita emoción, de una conversión superficial.  
Jesús no promete a sus discípulos éxito, fama, poder...sino riesgos,  
renuncias y la cruz.

## (B)

En el Evangelio de hoy y en varias ocasiones, Jesús nos ha dicho:  
"El que quiera venir conmigo, que cargue con su cruz y me siga".  
y al que se una a Él, le promete el descanso y el alivio en sus  
tareas.

Muchas veces hemos pensado que seguir a Cristo en serio, formar  
parte de sus seguidores de verdad es algo heroico y difícil; y es  
verdad, pero no del todo.

El seguir a Jesús así, no es heroico en el sentido de que haya que  
hacer grandes cosas, o incluso dar la vida por seguirle, como los  
mártires. No es ése el heroísmo que Dios nos pide hoy.

Pero sí es heroico en el sentido de que seguir a Jesús, ser  
cristiano, significa que en las pequeñas cosas de cada día tenemos  
que ir cumpliendo con el deber, tenemos que realizar esas tareas  
con responsabilidad y con el esfuerzo de cada momento. Es decir:

dando poco a poco nuestra vida en esa tarea diaria. Eso es seguir a Jesús.

Pero Jesús en el Evangelio añade: “Venid a Mi los que estáis cansados que yo os aliviaré”.

Esta segunda parte la solemos tener olvidada, o casi olvidada.

Acudimos a Dios en momentos duros, pero no acudimos a Él para las tareas de cada día. Aunque decimos que la vida es dura.

Debemos acudir a Él , no para dejar la tarea en sus manos, porque esa la debemos realizar nosotros, pero sí acudir a Él para pedir apoyo y alegría.

Muchas veces cargamos con la cruz, con la tarea de cada día, pero queremos hacerlo solos; sin la ayuda de Dios ni de nadie.

El cristianismo es una religión, una vida y como tal debemos vivirla con la ayuda de Cristo y en grupo, como Él quiso.

Más de una vez hemos realizado los trabajos, las tareas de cada día entre varios, en grupos, ayudándonos unos a otros. Entonces nos hemos dado cuenta de que parece que el trabajo se multiplica y las tareas se hacen más llevaderas. La tarea se termina antes, y resulta más llevadera para todos.

Es lo que nos dice Jesús en el Evangelio: "Venid a Mí, unios los unos a los otros y el trabajo resultará más sencillo y no tan pesado. Unios, ayudaos en las tareas de cada día en casa, entre vecinos, entre compañeros y vuestra tarea no será tan pesada". Y esto es verdad, porque todos lo hemos experimentado alguna vez. En esta Celebración de hoy vamos a aceptar esta enseñanza de Jesús, que es fácil de decir, y fácil de escuchar, pero nos cuesta ponerla en práctica. Pero aunque nos cueste no vamos a dejar de intentarlo.

Tenemos la promesa de Jesús que nos ofrece su ayuda y el alivio en la tarea.

### (C)

"El que quiera a su padre o a su madre...". La familia no es intocable. Con frecuencia, los creyentes hemos defendido la "familia" en abstracto, sin detenernos a reflexionar sobre el contenido concreto de un proyecto familiar entendido y vivido desde el evangelio.

Y sin embargo, no basta con defender el valor de la familia sin más, porque la familia puede plasmarse de maneras muy diversas en la realidad.

Hay familias abiertas al servicio de la sociedad, y familias replegadas egoístamente sobre sí mismas. Familias que educan en el egoísmo, y familias que enseñan solidaridad. Familias liberadoras y familias opresoras...

¿Cómo conseguir que la familia multiplique la vida de sus miembros en lugar de dividírsela? ¿Cómo lograr que potencie su libertad sin encadenarles?.. Estos son, puntos de reflexión a tener en cuenta cuando Jesús nos advierte que la familia no es algo absoluto e intocable...

La familia ha sido base de lanzamiento de muchos genios, pero cuando se corrompía, ha sido cepo en el que muchos han quedado encadenados para siempre. Siempre que se juega a lo grande es mucho lo que se puede ganar, porque es mucho lo que se puede perder, de ahí que, para construir una familia, debería la gente (dicho sea vulgarmente) atarse muy bien los machos.

Y tal vez esto sea lo más asombroso de la humanidad: que cuanto más importante es una cosa, menos pensamos que hay que prepararse para ella. A mí siempre me ha asombrado que se exija un título de ingeniero a quien ha de construir un puente o el de arquitecto para firmar los planos de una casa, y que, en cambio, para construir una familia, que es infinitamente más difícil, parezcan bastantes un montón de sueños y mucha ingenuidad.

Y no es que uno aspire a la creación de una universidad de padres, con matrículas y exámenes, pero sí a que todo el que se case tuviera que pasar antes de hacerlo por el tribunal de la propia seriedad y la autoexigencia. ¡Porque son tantos los aplastados por el hundimiento de su propia familia!. Y no hablo sólo, de las familias rotas por el divorcio. Hablo de todos esos divorcios interiores que viven con frecuencia matrimonios aparentemente unidísimos. Hablo de los que son una yuxtaposición de soledades o una multiplicación de egoísmos. Hablo de los que conviven soportándose.

Hablo de los que "poseen" a sus hijos. O de los hijos que

"dominan" a sus padres. Hablo de todas esas formas de corrupción familiar en las que los unos dejan de ser trampolines para que salten mejor los demás para convertirse en cadenas que amarran y atan.

Porque el gran misterio de toda comunidad es el de llegar a ser dos (o cinco o doce) sin que cada uno deje de ser uno mismo. Este es el misterio de la individualidad y la libertad de cada uno de los seres humanos: hombres todos, hechos con un molde aparentemente idéntico, pero hechos todos en realidad con moldes que se rompen después de fabricado cada uno. ¿Por qué en la misma familia es cada hijo completamente diferente de sus hermanos? ¿Cómo es que, si todos recibieron la misma educación y conocieron idéntico ambiente, reaccionan de maneras diferentes? No lo sabremos jamás. (El gran asombro de toda paternidad es que sólo muy en parte pueden hacerse los hijos a imagen y semejanza del progenitor. Y el otro asombro no menor es que el amor no implica igualdad de los amantes y que, incluso con frecuencia, los amores más intensos surgen en seres muy distintos entre sí.

Esta es la grandeza del amor: unir sin igualar. Y esta es a veces la verdadera tragedia del fracaso familiar: nadie puede hacernos tanto daño como los que debieron amarnos. La traición de un amigo es una traición de segunda división. La de un hermano, la de un padre o la de un hijo, éstas sí tienen fuerza para destruir el alma. Los árabes lo dicen con un hermoso refrán: "El único dolor que mata más que el hierro es la injusticia que procede de nuestros familiares". Estos debieran ser los problemas fundamentales para todo hombre. Yo he pensado muchas veces en el verdadero drama de Galileo Galilei, de quien nos han contado sus enormes descubrimientos o sus conflictos entre la ciencia y la fe, pero de quien jamás contó nadie la soledad de su mujer (Marina Gamba), a la que abandonó en Padua cuando le ofrecieron su cátedra en Florencia, o de sus dos hijas (Livia y Virginia) a las que encerró en un convento a los once años para poder ir a triunfar y convertirse en padre del *mundo*. ¿Fueron felices esas tres mujeres? ¿O acaso el *genio* que sabía todo de las estrellas lejanas y frías no llegó a enterarse de que tenía en casa tres estrellas calientes y verdaderas? Porque ¿de qué nos servirá

conquistar y descubrir el *mundo* entero si no amamos y somos amados por las tres o cuatro personas que "hemos elegido" para vivir a nuestro lado?...

Cuando la familia impide la solidaridad y fraternidad con los demás hombres y nos cierra a la justicia querida por Dios entre los hombres, Jesús exige una libertad crítica, aunque ello traiga consigo conflictos y tensiones familiares...

### (D)

Nosotros solemos constatar con cierto orgullo y satisfacción que la Iglesia católica es la más numerosa: más de mil millones de creyentes. Incluso superamos, aunque por poco, a los musulmanes. Nos preocupa el «cuántos». Ante cualquier acontecimiento salta la pregunta «¿cuántos estuvieron?». A juzgar por el evangelio de hoy (Lucas 14, 25-33), a Jesús no le obsesiona la cantidad. «Mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: Si alguno se viene conmigo y no pospone a su madre y a su padre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y hermanas, e incluso asimismo, no puede ser discípulo mío». No aprovecha aquella oportunidad para engordar o aumentar su «clientela» poniendo fáciles las cosas y limando posibles aristas punzantes. Más bien les arroja un jarro de agua fría. Nosotros, como los partidos políticos, como los comerciantes, buscamos más votantes, más seguidores, más clientes. Si no lo conseguimos, -después, no antes- añadiremos que lo importante no radica en la cantidad, sino en la calidad.

Se discute permanentemente si el cristianismo o seguimiento de Cristo es para todos o más bien para una minoría. Algunos apuntan que, si el mensaje de Jesús sólo está destinado a unos pocos, no tendría mucho sentido. De hecho, Jesús se mostró enormemente exigente en los principios. Después, en los hechos y momentos concretos se reveló -excepto en algunas pocas ocasiones- ampliamente comprensivo. Lo observamos en encuentros como, por ejemplo, con Zaqueo.

Cristiano no es quien sólo se comporta bien. Se trataría de una aprobación injusta y abusiva por nuestra parte. En otras religiones o simplemente entre ateos se registran comportamientos

ejemplares. Es cristiano quien conoce y cree en el mensaje de Jesús. Se supone que, a renglón seguido e impulsado por una elemental coherencia, trata de vivirlo. De lo contrario, caería en el cinismo.

El socialismo «ese inmenso sueño de la humanidad», teóricamente, es una doctrina elogiada. Sin embargo, en los países del llamado «socialismo real», la práctica se quedó muy lejos de la teoría o de los principios. A nosotros, los cristianos, nos puede suceder algo similar, aunque no se dé una caída tan espectacular y simbólica como la del muro de Berlín, que descubrió la diferencia entre el dicho y el hecho. Hoy, el seguir a Jesús implica varias actitudes y sentimientos: uno de ellos o de ellas incluye la lucha por la justicia. No sólo por el vecino próximo, también por otros pueblos más lejanos. Tal conducta se resume en la llamada «opción por los pobres».

En otro momento del texto evangélico de hoy pregunta Jesús: «¿Quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? ... Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío». En otras palabras, que para seguir a Jesús se necesita valor, decisión y reflexión. No basta una difusa tendencia ni prometer mucho el día de la 1ª Comunión o de la boda o de la ordenación sacerdotal o de la confirmación o...

En ocasiones o quizá con frecuencia, tales «emociones» se reducen a flor de un día.

A pesar de todo, la vida -también la cristiana- consiste en un proceso. Al final brilla, se perfila una meta, una utopía, una aspiración: ser constructores del Reino de Dios (una sociedad de vida, de paz, de justicia, de hermanos por tener el mismo Padre) que fue la tarea iniciada por Jesús.

Cristianos ¿son muchos?, ¿pocos? Posiblemente tenga razón el filósofo danés: «el único cristiano fue Cristo. Los demás intentamos serlo». Pero dudo de que lo intentemos tantos como los inscritos en los libros parroquiales del bautismo. «Intentar» supone varias cosas: como mínimo una cierta dosis de entrega. Se necesita pasar de una Iglesia multitudinaria, inconversa, incolora, desmayada, a una comunidad de convertidos...



Hay que abandonar la obsesión de la muchedumbre, del número... El ideal de una Iglesia multitudinaria no aparece en ningún sitio del NT ... Todo lo contrario. Los evangelios distinguen al grupo de los discípulos de la masa. Se trata de un pequeño puñado de sal, de levadura.. .

No se trata de establecer un tribunal que dictamine quiénes pueden permanecer en la Iglesia y quiénes no... Se trata de anunciar sin rebajas el Evangelio, se trata de proclamar en toda su verdad la Palabra de Jesús... Basta que celebremos con autenticidad... Cuando Jesús anunció el misterio de la Eucaristía se produjo una gran desbandada... cuando el Bautismo y la Eucaristía son lo que deben ser, nuestras asambleas se podan enormemente La Iglesia no es sin más la comunidad de los bautizados, sino la comunidad de los convertidos al Evangelio... Y hay que comenzar a pensar en una Iglesia de minorías.

Lo que no hizo nunca Jesús fue aguar el vino para que llegase a todos, sino que transformó el agua en vino...

Jesús acogió a todos... pero ello no significó ninguna traición a su mensaje, y llamó siempre al pan, pan, y al vino, vino; por eso murió. Acogió a Mateo, a la samaritana, al ladrón, a la adúltera, a los publicanos, pero quienes deseaban entrar en su comunidad, tenían que configurar la vida a su estilo de vida y aprender a compartir, a perdonar, a dar la vida por los demás, a vivir en comunión, a ser pura disponibilidad, a servir, a liberarse de la tiranía del tener, del dominar y del triunfar.

No hay más que abrir el Evangelio. La comunidad cristiana era bien diferente del resto. Y estaba en medio del mundo como luz, sal, fermento...

Cuando la Iglesia está formada por cristianos que viven un cristianismo sociológico o de costumbres. Pierde su fuerza, su identidad. Y lo único que termina por distinguir a los cristianos de los que no lo son es un rito apresurado, inexpresivo e intrascendente que llamamos Eucaristía... y que dura cuarenta minutos...

(E)

## Tres condiciones

-“¿A quién quieres más, a papá o a mamá?”, preguntaba la tía anciana inclinada sobre su sobrina pequeña, de apenas tres años, que desde allá abajo miraba con ojos asustados... y ante el silencio expectante no tuvo más remedio que al final responder:

-“A los dos”, escuchando las risitas de aprobación que mostraban como padres, tía y demás asistentes a la escena se daban por complacidos por la salida airoso de la niña.

La misma sensación podemos hoy tener ante la proclamación de la Palabra de Dios que se hace en el Evangelio. Parece que Jesús quiera ponernos en un aprieto y nos pregunta si queremos más a nuestros padres o a Él, a nuestros hijos o a Dios... y hábilmente también podemos quizás justificar que nuestros actos de amor a nuestros padres o hijos son ya nuestra manera de demostrarle a Dios que le queremos. Pero todos sabemos que nuestra vida de cristianos en realidad es una vida de opciones.

Hemos oído hablar muchas veces de las famosas ‘escalas de valores’. Dependiendo de qué es más o menos importante, vamos tomando decisiones a lo largo de la vida. Y así, ante cualquier encrucijada, por determinante o no que sea, nos paramos a valorar: ¿qué hago, esto o lo otro? Y en función de a qué le damos más valor y mayor importancia, optamos. Cristianamente hablando diría que nuestra vida es lo mismo. El cristiano ante cada toma de decisión valora: ¿qué es lo más importante? ¿Qué me pide Dios que haga ahora? ¿Qué haría Jesús en mi lugar? Y entonces opta, actúa tras valorar. Hoy Jesús nos recuerda que en cada opción, hay que recordar tres cosas, y no actuar sin previsión, a tontas y a locas:

1. Que ser cristiano implica amar a Dios *sobre todas las cosas*. Y por eso, el amor a los otros jamás puede ser una excusa para optar por hacer lo contrario de lo que Dios espera. Incluso cuando los propios padres o los propios hijos, esos seres tan

amados, tan arriba en nuestra escala de valores, parezca que nos implican o nos exijan decirle no a Dios o alejarnos de Él.

2. Que para ser cristiano hay que estar dispuestos a cargar con la cruz. Es decir, a dar la vida... incluso, si es preciso, literalmente hablando. Cargar con la cruz de cada día, y cargar con la cruz del sacrificio. Cargar, además, con la cruz de los demás, como hizo Simón de Cirene con la de Jesús, para aliviar la carga del que sufre. Y aceptar que el camino tras Jesús implica, pues, vivir continuamente ‘cargados’ y sobrecargados.

3. Que ser cristiano implica la renuncia a los bienes. Es decir, bajarlos muchos niveles en nuestra escala de valores, es más, sacarlos de ahí. Lo que tenemos no puede ser llamado propio, ya no es ‘mío’, es un mero instrumento para poder ser más útil en la construcción del reino.

### **...y un único beneficio**

Bueno, y teniendo todo esto claro, nos puede surgir lo mismo que Pedro le dijo una vez a Jesús... “Oye, Maestro, y nosotros que lo hemos dejado todo por seguirte... ¿qué vamos a obtener a cambio?”. Porque quizás podemos sentirnos abrumados, o pensar que quizás es mejor ser del grueso de esa cristiandad que va a misa y se confiesa practicante pero su vida cambia bien poquito... ¿Qué vamos a sacar? ¿No es mejor vivir de una manera un poco más relajada y hacerse menos problemas? Pues en el fondo, hay un único beneficio de esto, y es lo mismo que plantea Jesús... eso es lo que debéis hacer para ser *de los míos*. Es decir, para ser del grupo de los que trabajan por el Reino, por un mundo mejor, más a imagen de Dios. El único beneficio será saber que estamos respondiendo con amor *real* y no sólo verbal a lo que Él espera y confía de nosotros. Y en el fondo, como nos recordaba la primera lectura, siendo auténticamente sabios, puesto que las cosas de Dios, como siempre, siguen escapándose en la mayor parte de las ocasiones.

**P. Juan Jáuregui Castelo**